

El caracol

Óscar siempre había querido una casa con sótano, como en las películas americanas. No porque le gustara especialmente el terror —todas las pelis americanas en las que salía un sótano pertenecían a este género o, como mínimo, eran de suspense—, sino porque podría almacenar todos los recuerdos de su vida. Le espantaba la idea de comprarse un piso minúsculo en el centro de la ciudad y tener que pagar un alquiler desorbitado por un trastero ridículamente pequeño. Así que la búsqueda de la casa con su mujer, Bea, siempre estaba condicionada por un sótano amplio. Los recuerdos de él, los recuerdos de ella, los recuerdos de la niña. La idea era poética y literal al mismo tiempo: construir un hogar *encima* de los recuerdos, que fueran la base sobre la que vivir. Pero el caracol que miraba ahora, de una grandeza inusitada, no formaba parte de un bonito pasado, sino de un presente que le apretaba la boca del estómago cada vez más, de forma lenta pero inexorable, como la trayectoria de estos invertebrados.

—¿Puedo jugar con él, papá? —preguntó Martina.

Óscar la miró durante unos instantes en los que no respondió nada. Volvió a centrar la vista en el caracol. Lo habían acomodado en una urna de cristal cual pieza de museo y tenía las antenas bien extendidas, como si con los ojos intentara compensar fervientemente su sordera intrínseca. Cuando Martina lo llevó a casa unos días atrás, era un caracol de tamaño y aspecto normales. Ahora, sin embargo, medía setenta centímetros de alto y tenía la piel muy seca, como si se le hubiese agotado toda la vitalidad. La concha, que era negruzca y, sobre todo, inspiraba un temor irracional, daba la sensación de haberse endurecido para proteger algo valioso albergado en su interior.

—En un rato vamos a cenar, hija. Mejor mañana.

—Pero, papi, es que..., es que... —Fijó los ojos en algún punto indeterminado y empezó a hablar con las manos dándole vueltas a las dos coletas del pelo—. Es que mis amigos dicen que si juegas con ellos por la noche crecen más. ¡Y Víctor me ha enseñado una foto del suyo y está supergrande!

Óscar miró de nuevo al caracol, que hacía gala de la gran serenidad de los antiguos sabios. Uno veía a aquel animal y no podía evitar pensar que era muy viejo, que era mucho lo que había vivido ya. Dejó escapar un suspiro y finalmente lo sacó de la urna con cuidado. Lo posó en la cuna que Martina ya le había preparado con los brazos. La niña lo miró y formó una sonrisa de pura ilusión. El caracol permanecía inmóvil, tal vez miedoso de que Óscar cambiara de opinión.

—¡Subo a jugar! —dijo Martina y enfiló las escaleras hacia la planta principal de la casa con cuidado de no caerse.

—Muy bien, cariño.

Estuvo tentado de detenerla. Se sentía mal padre dejándola sola con aquel animal, pero entonces pensó en lo restrictivo que había sido con ella los días anteriores y optó por contenerse. Volvió a prestar atención a la urna. Estaba completamente vacía, parecía recién comprada. Buscó en el aire el olor de la lechuga, la papaya y la coliflor con que lo alimentaban todos los días, incluso el del puñado de caracoles babosos, que hervían para que la rádula —esos dientecillos, había descubierto Óscar— no tuviera que trabajar demasiado. Cerró los ojos e intentó agudizar el olfato para hallar algún vestigio que le indicara que allí vivía un animal. No esperaba encontrar el olor fácil e inconfundible de los perros, pero sí alguno. No pudo distinguir nada, sin embargo. Era como si su mente solo pudiera pensar en

la urna, sobre la que colgaba una bombilla desnuda que la iluminaba. El resto del sótano no existía, era oscuridad. Tuvo la sensación de que sus recuerdos estaban condenados a permanecer en las sombras por culpa de aquella triste caja transparente de metacrilato. Estaba a punto de empezar a sobrepensar cuando oyó pasos en la escalera. Se giró. Su mujer estaba ante él con una pequeña sonrisa. Ninguno dijo nada durante un rato. Bea acabó acercándose a él y le frotó la mano por el brazo con cariño.

—Amor... —le dijo—. Es solo un caracol.

Óscar tomó aire y lo soltó sonoramente.

—Es que no es normal —respondió él—. No he encontrado en ningún sitio una explicación convincente para un crecimiento así. —Hizo una pausa, dudoso—. Esa mujer no es trigo limpio. O, por lo menos, eso me dice la intuición.

Bea le posó una mano en el cuello y le dio un beso suave en la boca.

—Es su tutora, Óscar. ¿Cuántas veces nos hemos reunido con ella? Es una mujer un poco extravagante, sí. Con personalidad, si quieres. Pero lleva años en la escuela, nadie ha tenido nunca ningún problema con ella. Y, además, nunca había visto a Martina así de contenta. ¿No crees que se merece distraerse y disfrutar después de la operación?

Óscar desvió la mirada con el objetivo de aferrarse a algo, pero todo eran tonos de oscuridad. Ninguna foto de las vacaciones, ni la cuna de Martina, ni sus cajas con las carpetas de cuando fue a la universidad. Pudo adivinar una silla y se acercó a ella para llevarla hasta su mujer y sentarse.

—Pero hay rumores, Bea. Clases de naturales por la mañana y ouijas por las noches. Si hasta una madre dijo que se había pasado por el gabinete que tiene en casa...

—Y, en caso de que fuera cierto, ¿qué problema habría? Mientras haga bien su trabajo, puede hacer lo que quiera con su tiempo libre, ¿no?

Óscar resopló. Reflexionó durante unos instantes y negó con la cabeza.

—Su trabajo es dar clase, que los niños aprendan. ¿Por qué se empeña en llevar la asignatura más allá del aula? ¿Por qué tiene que dar crías de caracoles gigantes a sus alumnos?

Bea se acercó a él y se puso en cuclillas. Le cogió las manos, se las besó y le preguntó con voz suave:

—¿Por qué no lo ves como una profesora que cruza razas de caracoles que quiere inculcar a sus alumnos cariño por los animales? No es más que eso, en realidad. —Sonrió y le acarició la mandíbula.

Se creó un largo silencio. Solo se oía el parloteo amortiguado que tenía Martina con el caracol en la planta superior.

—Tiene que ser el curro, que me tiene molido —aventuró Óscar.

—Yo también lo creo. En cuanto terminéis las auditorías, nos escapamos a algún sitio chulo. Tú y yo. Dejamos a la niña con tus padres o los míos y desconectamos. —Miró el reloj de la muñeca—. Venga, vamos a terminar la cena. E intenta no darle más vueltas, todo está bien. Sé que es fácil decirlo y no tanto aplicarlo, pero ya tienes experiencia. Eres un campeón. Te quiero. —Le dio un beso en la boca y subió las escaleras.

«Efectivamente», se dijo Óscar. «Ya tengo experiencia». Pero inmediatamente después pensó que su mujer había sido un poco tramposa, porque hacía años de aquel tratamiento psicológico por pensamientos obsesivos. Había pasado tanto tiempo que, en el

fondo, era como si fuese nuevo en aquello. No se acordaba de ninguna herramienta para defenderse. Intentó convencerse de que aquel estado obcecado en el que se había atrancado se debía al trabajo. En unos días estaría como nuevo, funcional otra vez. Pero, por otro lado, era como si lo estuviese envolviendo una baba imaginaria que, de no limpiarla, lo acabaría ahogando. Sacudió la cabeza y desechó tales pensamientos. Subió las escaleras y se obligó a silbar la primera melodía que le vino a la mente.

Iba directo a la cocina, pero al pasar por la puerta del salón no pudo evitar mirar. Martina estaba jugando con el caracol en el suelo, sobre una toalla, como le habían pedido, aunque ahora que no soltaba babas no tenía mucho sentido. Le acariciaba la concha y acercaba un dedo índice a las antenas, pero nunca llegaba a tocarlas. Movi6 la mano a modo de saludo frente al animal. Este apenas reaccionaba, seguía manteniendo una actitud de anciano milenario.

Carraspeó y Martina se giró.

—¡Hola, papi! Cómo mola, ¿eh? Es tan guay —dijo mirando al caracol, y se llevó las manos a la boca para tapar una sonrisa emocionada—. Voy a darle más comida, parece que tiene hambre. —Salió como un torbellino del salón.

Allí estaban de nuevo, él y el caracol, y este pareció estirar las antenas más aún, lo que hizo que Óscar sintiera el acelerado martilleo del corazón en las sientes. Tenía que ser una alucinación producida por la extenuación.

—¡Te quiere, no para de mirarte! —Martina estaba de vuelta con unas cuantas hojas de lechuga. Las acercó al animal y volvió a pasarle la mano suavemente por la concha.

Sí, sin duda su hija estaba muy contenta. Le vinieron a la mente el trajín y los nervios de los días anteriores, en los que tuvieron que operarla de urgencia por apendicitis. Bea tenía razón: había que dejar que Martina se distrajera y disfrutara de su nueva mascota.

—¿Eso crees, que me quiere? —preguntó Óscar—. Yo creo que está cabreado conmigo porque antes he pensado si sacarlo o no de la urna.

—No, papi... Si es muy bueno...

El animal continuaba con las antenas muy extendidas, silencioso, con esa piel seca, esa concha dura y manchada que hacía pensar en un tumor maligno reproduciéndose aquí y allá. Óscar se sintió observado de forma insultante. Agradeció que su hija lo cogiera y se sentara con él en el sofá.

—Venga —le dijo mientras le acercaba una hoja de lechuga—, que tienes que comer para ponerte grande.

El animal empezó a comer con verdadera fruición lo que la niña le ofrecía, como si no hubiese comido unas horas atrás.

—Uy —se sorprendió ella—. ¡Está echando mucha baba! —Se la empezó a restregar por las manos y se la acercó a la nariz—. ¡No huele a nada!

Óscar estuvo a punto de regañarle y ordenarle que fuera a lavarse las manos inmediatamente, pero entonces creyó entender a la maestra de naturales. Si intentaba pensar como si fuera ella, sería una idea genial que sus alumnos tuvieran un caracol así en casa. Podrían deleitarse, hacerse preguntas y buscar información para cuidar lo mejor que pudieran a una mascota que, para ellos, ya formaba parte de la familia. Quién sabía, quizás esa

experiencia hacía que muchos quisieran convertirse en veterinarios o estudiar ciencias o algo relacionado con la naturaleza, en definitiva.

Bea apareció por la puerta con una sopera que posó sobre la mesa.

—¡Mamá! ¿Has visto toda la baba que está echando ahora?

Óscar se dio cuenta de que una sombra de incertidumbre cruzó la cara de su mujer mientras servía la sopa en los platos. Bea carraspeó mientras miraba el caracol.

—Martina —dijo—. Ve..., ve a lavarte las manos. Que vamos a comer y ya sabes que siempre hay que tenerlas limpias, ¿verdad?

La niña miró a su madre sin comprender muy bien, no era la primera vez que el caracol babeaba antes de cenar y hasta ese momento no le había mandado que se lavara las manos. Salió del salón para obedecer la orden.

Óscar miró a su mujer, que compuso una sonrisa algo forzada.

—Nunca... —empezó ella—. Nunca había soltado tantas babas, ¿no? Y menos estando tan seco. Es raro.

Aquel comentario estuvo a punto de hacer saltar todas las alarmas de Óscar, pero intentó sacar fuerzas del lugar más recóndito de su ser para que no ocurriera. Quería mostrarse entero, no que su mujer pensara que la conversación que habían mantenido en el sótano no había servido de nada. Intentó sonar lo más tranquilo posible:

—Igual tiene que ver con el crecimiento. Quién sabe si esta noche crece más de lo habitual. —Y se acercó a ella para darle un beso—. Gracias por preparar la cena, amor. Yo me encargo de recoger después.

—Te quiero —dijo ella por toda respuesta.

Martina volvió a entrar en el salón. Empezaron a cenar. No veían la tele mientras comían, usaban esos momentos para hablar entre ellos. Ahora, no obstante, reinaba el silencio, como si fuera el anfitrión de la mesa. Tanto Óscar como Bea lanzaban miradas furtivas al caracol, que ya se había comido las hojas de lechuga y permanecía muy quieto, parecía tener ganas de oír algo de conversación.

Fue Bea la que acabó rompiendo el silencio.

—¿No dicen que las babas de caracol van estupendas para la cara? ¡Pues ya no tenemos que comprar más cremas!

Óscar forzó una risilla, no le salió nada más. Se hizo algún que otro comentario, pero era obvio que el ambiente se había enrarecido. A Martina, además, se le cerraban los ojos más de lo habitual. El caso es que tampoco era tan tarde.

—¿Tan cansada estás que no te vas a terminar la sopa, hija? —quiso saber Óscar.

—No sé qué me pasa, papi —se quejó ella frotándose los ojos con los puños.

Óscar posó los ojos en Bea, pero ella no le devolvió la mirada. Le dedicó una sonrisa a su hija, pero estaba claro que era forzada. Conocía a su mujer, llevaban muchos años juntos.

—Bueno, cariño —dijo Bea—, hoy habéis hecho muchas cosas en el colegio, es normal que estés cansada. —Y miró a Óscar, y este le pudo ver la inquietud en el rostro.

Cuando acabaron, y para que Martina no sospechara más aún, Bea, como hacía siempre que sobraba comida, le puso un platito de sopa al caracol. El animal seguía

produciendo baba. Óscar pudo ver cómo su mujer se esforzaba por que su rostro no adoptara un rictus demasiado preocupado.

—¿Hoy no lo acaricias, mamá? Siempre lo haces...

—Claro, cariño —dijo ella, y le sonrió—. Claro que lo acaricio. —Carraspeó y pareció dudar un momento, pero acabó pasando las manos por la concha y la piel del caracol.

—¡Es buena para la piel, mami! ¿A ti también te parece que no huele a nada?

Óscar sentía el corazón en la garganta. Vio cómo su mujer se acercaba las manos a la nariz y sintió que la ansiedad lo devoraba por dentro, no podía más. Tomó mucho aire y exclamó dando una palmada:

—¡Bueno! Hora de dormir, que hoy ha sido un día muy largo. Yo me encargo de guardar el caracol en la urna, Martina, no te preocupes. Amor —le dijo a Bea—, vete a la cama tú también. Yo recojo todo.

Le dio un beso a cada una y ellas obedecieron. Llevó los platos a la cocina y puso el lavavajillas. No podía parar de pensar en lo extraño de la situación. Esos días había leído bastante sobre caracoles, pero en ningún lado nada acerca de la sobreproducción de baba. Aunque, claro, aquel caracol no dejaba de ser un cruce de razas. Quizás ahí estaba la respuesta a sus elucubraciones. Al día siguiente intentaría investigar sobre el tema o incluso ponerse en contacto con la maestra de naturales.

Volvió al salón para llevar el caracol al sótano. Se quedó helado: el animal se había refugiado en su concha. Inaudito, sin duda. Jamás había pasado eso, aunque sabía que ese comportamiento respondía, entre otras razones, al sueño del animal. Se quedó mirándolo sin saber qué hacer. Consideró que lo mejor sería dejarlo tal cual, así se evitaba también

mancharse de babas. Apagó todas las luces y se metió en la cama. Le dio un beso a Bea, que ya estaba dormida, y no tardó mucho en dormirse. Demasiadas emociones.

Un olor fortísimo lo despertó horas más tarde. Parpadeó varias veces e, instintivamente, extendió la mano para tocar a Bea, pero sintió el brazo más pesado que nunca. No obstante, hizo el esfuerzo de extenderlo. Su mujer no estaba allí. Quiso incorporarse, pero la pesadez era generalizada. Se incorporó como pudo e hiperventilando, con el corazón desbocado. El olor era insoportable, similar al del vinagre, pero mucho más intenso. Las primeras luces del día bañaban la habitación, diluyendo la suave penumbra en la que se encontraba.

Y entonces lo vio. El caracol había crecido de un modo desmesurado y, al percatarse de la mirada de Óscar, se acercó a la cama con terrible rapidez. A contraluz, Óscar vio que la concha se movía ligeramente. Oyó unos lamentos femeninos en el interior, dos voces distintas. ¿Acaso aquel olor fuerte se debía a la digestión? El animal empezó a trepar por la cama y Óscar intentó alejarse de allí, pero apenas podía moverse. Sintió el calor de las babas en los pies. Se maldijo por no haber sacado aquel animal de su casa, por no haber hecho caso a su instinto. Maldijo a la maestra de naturales. El caracol seguía avanzando y él oía ahora con más claridad los lamentos de la concha. Sintió un mareo enorme. Cerró los ojos y los apretó con mucha fuerza, deseoso de desmayarse... o despertarse.